

Recuerdos de Borges

David Gallagher

En 1970, en mi primer sábado de Oxford, fui a Buenos Aires a escribir un libro sobre Borges. El ya me había transformado la ciudad. Cuando iba a la Biblioteca Nacional, en aquel borgeiano barrio sur de casas bajas, precarias, sentía, como Borges, que la ciudad estaba en peligro de perderse en la llanura. Yo desenterraba textos juveniles de Borges que él había procurado destruir, y al volver, al atardecer, cuando para Borges la ciudad se vuelve más precaria aún, temía que algún "viejo gaucho avático... cifra del Sur", y aliado de Borges, me desafiara con un cuchillo. En realidad Borges nunca me amonestó por hurgar en su prosa juvenil: con característica humildad, me compadeció. Pasé muchas horas con él en esa época, como también con sus amigos: Roy Casares, Silvina y Victoria Ocampo. Y su mano, dona Leonor, una redá anclada en la burocracia volaba hacia pensar que Borges llegaría vivo a su actual centenario.

El año siguiente le dimos un doctorado a Borges en Oxford. Fue una semana inolvidable, que comenzó cuando fui a buscarlo en el aeropuerto. Cami-

no a Oxford, pasamos por Dorchester, un pueblito con casas Tudor. Borges miró por la ventana y dijo "nosotros en Los Olivos también tenemos casas así, con las vigas curvadas"; a pesar de su ceguera, no podía resistir una trampa sobre el falso Tudor rioplatense. Esa noche le dábamos una comida. Venían Robert Lowell, Iris Murdoch y otros personajes famosos. Yo insistía que Borges no los iba a reconocer. A pesar de su prodigiosa memoria, usaba el olvido, y su ceguera, como armas letales, resistiéndose a acordarse de individuos vivos, en parte por maldad, y en parte porque los veía como encarnaciones pasajeras de un arquetipo. Había, entonces, que encontrar trucos para salvar el honor de los invitados. A Iris Murdoch la presenté como Mrs. John Bayley, su nombre de casada. A Lowell con la acortación "el gran poeta americano". "Ah", dijo Borges, y volvió versos de Whitman. Conociendo sus debilidades, lo sentamos durante la comida entre dos bellas aristócratas: una francesa intelectual, y una

inglesa, más equina que literaria. "Fijese", dijo Borges después, "a mi derecha había una señora que me habló de Verlaine. A mi izquierda, una que me preguntó si era la primera vez que venía a Oxford".

Oxford se transformó esa semana en una ciudad borgeiana. Borges recibía sagas islándicas, y los profesores de inglés antiguo asentían, complacidos. De repente Borges paraba. "¿Cómo sigue?", preguntaba. Los profesores se ponían pálidos. "Ya me acuerdo", decía Borges, y seguía, feliz de haber saboreado el momentáneo desconcerto de los expertos. Un día, en Broad Street, se nos acercó un estudiante con flores en el pelo. Le expliqué a Borges que en su pieza en 11ffley Road, tenía una diminuta esfera de cristal en que se reunían, sin confundirse, todos los lagartos del mundo. "Ah, qué interesante", dijo Borges. "¿Puedo ir a verla?". El estudiante le dio a Borges su dirección.

Borges no fue y el aleph de 11ffley Road quedó en mi memoria como un milagro secreto, como el libro sobre Borges, que nunca escribí.

EL *Mercurio* 10 Sept. 77 A3

Recuerdos de Borges [artículo] David Gallagher

Libros y documentos

AUTORÍA

Gallagher, David

FECHA DE PUBLICACIÓN

1999

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Recuerdos de Borges [artículo] David Gallagher

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)